

19. Consideración cristiana

San Benito, enraizado en los padres de la Iglesia, ha cristianizado la consideración, ha cristianizado el deseo. Los paganos vivían la sed de su corazón suscitada por la belleza de las estrellas como un anhelo indefinido, que se perdía en el espacio estelar junto con la mirada. En el corazón quedaba solo la tristeza de no poder alcanzar las estrellas. Con la encarnación de Dios, no son las estrellas las que han venido a nosotros, sino Aquel que las ha hecho, que las cuenta y las llama por su nombre (cfr. Sal 146,4). Por esto la consideración, el deseo, se “cristianizan” cuando la mirada se dirige a Cristo, tiende a mirar fijamente al Verbo encarnado, al Emanuel.

La cristianización de las palabras de la religiosidad pagana, como “consideración” o “deseo”, es parecido a como cuando los cristianos de los primeros siglos han transformado los templos paganos en iglesias. También en este sentido hay un hecho significativo en la vida de san Benito. Cuenta san Gregorio Magno que cuando san Benito va al lugar donde surgirá el monasterio de Montecasino, encuentra allí un templo y un altar dedicados a Apolo. Benito destruye la estatua y el altar, y los sustituye con oratorios y altares dedicados a san Martín y a san Juan Bautista (*Diálogos* II, cap. 8). El templo y el lugar consagrados a la divinidad pagana de la belleza hedonística, de la belleza orgullosa que solo quiere ser admirada pero que no mira a ninguno, son reemplazados por oratorios dedicados a san Martín – el santo de la caridad, el santo que ha visto al pobre y ha cuidado de él, el santo del compartir con el pobre – y a san Juan Bautista, aquel que ha vivido para señalar a Jesús, para disminuir de modo que Cristo pudiese crecer. San Martín y san Juan Bautista son justamente los santos que dan un vuelco a los valores de la cultura pagana poniendo a Cristo en el centro, dirigiendo la consideración y el deseo de las estrellas, el deseo despertado en nosotros por el universo, hacia el Dios que se ha hecho hombre para amarnos hasta la muerte en Cruz.

He aquí cómo el templo de Apolo, también la palabra “consideración”, ha sido “convertida” de pagana en cristiana, poniéndola al servicio de Cristo, dirigiéndola a Cristo. Y esto sin disminuir, aún más, acentuando el espacio infinito hacia el que tendía, porque Jesús es más grande y maravilloso que las estrellas, Él que las ha creado, Él que nos las ha dado, Él que es el origen y el fin de toda belleza, de todo esplendor, y de nuestro corazón, capaz de desear el infinito.

San Bernardo, en el tratado *Sobre la consideración al Papa Eugenio*, distingue entre contemplación y consideración. Escribe: “La contemplación se puede definir como percepción inmediata, exacta y segura, que la mente tiene de algo, o como conocimiento cierto de la verdad; sin embargo, la consideración es el pensamiento intensamente esforzado, o la tensión de la mente, a la búsqueda de la verdad – *consideratio autem intensa ad vestigandum cogitatio, vel intensio animi vestigandis verum*” (*De consideratione*, II,II,5)

La consideración es el deseo y la tensión de la mente humana a la búsqueda de la verdad. La consideración es una búsqueda intensa.

Este sentido de intensa búsqueda, lo vemos ya en san Benito, también cuando nos pide “considerar la fragilidad” de nuestro prójimo más débil y pobre. Pero si se utiliza este término de búsqueda del infinito para mirar al hermano o hermana en su necesidad, es

porque el Evangelio nos revela que es en ellos donde Cristo está presente y espera nuestra atención y nuestro cuidado. La consideración pagana se cristianiza porque el Infinito se ha hecho carne, si ha hecho hombre, y ya se encuentra principalmente allí donde el hombre tiene hambre, sed, es extranjero, desnudo, enfermo, encarcelado, como Jesús nos lo revela en su descripción del juicio universal en el Evangelio de Mateo (Mt 25,31-46). San Benito tiene esta conciencia cristiana, evangélica, del infinito y, por lo tanto, de nuestro deseo de plenitud. No podemos ya desear el infinito y acogerlo si no es en la misericordia con la que tratamos a Cristo en el prójimo. En nuestro prójimo el infinito se ha hecho cercano, ha venido a tocarnos, y pide nuestro cuidado. Pero, como decía, Jesucristo es más grande, más bello, más luminoso, más maravilloso que las estrellas, y ha venido para que podamos poseerlo de verdad, para que podamos de verdad y realmente poseer el infinito que desea nuestro corazón. Sin embargo, nos ha como sobrepasado hacia abajo, ha descendido más abajo que nosotros, nos espera por tierra, allí donde yace el hermano caído, herido, enfermo, frágil.

En la escena del juicio final de Mateo 25, tanto los benditos como los malditos, se asombran ante las palabras del Rey, y preguntan: “Señor, ¿cuándo te vimos...?” (Mt 25,37.44). Todo comienza por una mirada. Se puede ver, y pasar de largo sin comprometerse con la miseria del otro. Se puede ver y detenerse, hacerse prójimo como el buen Samaritano (Lc 10,25-37), y entonces se descubre con asombro que en el hermano necesitado estaba Cristo, estaban las estrellas, estaba el destino último de la vida.

Pero si Jesús nos cuenta esta parábola, si san Benito nos recuerda que en el enfermo, en el pobre, está Cristo, es para que no perdamos esta ocasión, cada ocasión de plenitud de nosotros mismos en el encuentro con Él. En la parábola, los benditos y los malditos descubren al final que han encontrado a Jesús, que lo han servido o descuidado. Sin embargo, nosotros somos evangelizados por la Iglesia, por san Benito, por santos como la Madre Teresa de Calcuta y, por lo tanto, estamos llamados no solo a reconocer a Cristo cuando lo encontramos por casualidad, sino a buscarlo, a considerarlo, a ejercitar una intensa “tensión de la mente”, como escribe san Bernardo, para ir al encuentro con Cristo escondido en la miseria del prójimo.

La “*pia consideratio*” hacia los hermanos es una búsqueda activa de Cristo, una búsqueda consciente, un acto de fe y de amor. Por esto, considerar la necesidad de misericordia de los hermanos y hermanas no es una actividad temporal, en horas fijas, un hobby al lado de nuestro trabajo o de nuestra vocación, sino que debe ser siempre realizado: “*consideretur semper in eis imbecillitas* – téngase siempre en cuenta su debilidad” (RB 37,2).

Sabemos que en nosotros no hay esta constancia de atención, como no hay una constancia de oración, de silencio, de escucha de la palabra de Dios. Pero la Regla se nos da para crecer en todo esto. La “*pia consideratio*” es una virtud que debe crecer en nosotros, sobre la que debemos trabajar, y trabajar juntos, en la comunidad, con la ayuda de los superiores, con la ayuda de la palabra de Dios, de los sacramentos, de la oración, a fin de que crezca la misericordia y, por lo tanto, la semejanza con el Padre que es nuestra perfección en Cristo, porque el Evangelio nos revela que somos perfectos como el Padre si somos misericordiosos como Él (cfr. Mt 5,48; Lc 6,36).